



EL MONUMENTAL
UNA BIOGRAFÍA NECESARIA

Erick Bastidas González

EL MONUMENTAL
UNA BIOGRAFÍA NECESARIA



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Erick Bastidas González

ISBN: 978-84-18366-82-6

ISBN digital: 978-84-18366-83-3

Depósito legal: M-21134-2020

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Nidia, Gabriel y Nidialy,
mis luces al final del túnel*

Ah, ¿quién escribirá la historia de lo que podría haber sido?
Será esta, si alguien la escribe,
la verdadera historia de la Humanidad.

FERNANDO PESSOA

PRIMERA PARTE:
AMARGUE A ORILLAS DEL PLATA

I

El viejo armatoste aún resonaba. Los diminutos dedos se hundían y despolvaban notas añosas depositadas en su negra caja *pandoresca*. Apenas esas débiles prolongaciones podían abatir la terquedad de los macillos, atorados estos de tanto rencor contra el pasado. Una mano más voluminosa guiaba la extraviada y diminuta extremidad. Era su fuerza la que rompía el cerco silente al que el Steinway & Son 1901 fue sometido por más de una década. Sus teclas, ennegrecidas por el olvido, expelían glorias pasadas de cuando la música prometía cambiar el mundo. El niño, que apenas abría los ojos a la vida, reía con el ruido que el montón de tablas, roías y explayadas en un suelo sucio y arenoso, emitía. Lo creyó un juguete, algo que jamás había tenido. Su hermanito mayor, parado en una esquina del gran cajón, admiraba con ojos desorbitados la grandilocuencia de ese momento. Del escrutinio de la memoria surgirá siempre el mismo recuerdo epifánico: Juancito, el más pequeño, el que había aprendido a dar los primeros pasos, el que su madre le pedía cuidar a toda costa, el que lo acompañaba a sus maratónicos mandados al colmado, que apenas pronunciaba bien las letras del alfabeto, estaba sentado en las rodillas de aquel hombre harapiiento y solitario, intentando tocar el desafinado instrumento, maravillado con el sonido poliacorde, como si fuera lo primero que oyeran sus oídos. Por eso el viejo Durango le dijo al otro muchos años después: fue en aquel día, cuando Juancito quería ser pianista, que en verdad naciste.

Era la historia más conocida para entonces en Boca de Nagua; una que doña Beatriz sabía sobrellevar muy bien. No en balde la gente esperaba algo prodigioso de la estirpe del viejo italiano que se asentó un millón de años antes que ese batey pudiera llamarse pueblo. Juancito, el de los ojos claros, el que sacó más de esa raza dominadora del mundo, debía, por lo menos, marcar la diferencia en una generación aborregada. Por eso, la gente de los alrededores no podía ocultar su interés anormal y evitar halagos inmerecidos hacía el pequeño infante que, más que unos rasgos europeos muy llamativos, poseía una gracia cósmica y mesiánica. Su madre no hacía alarde de esto y tampoco exageraba

el cariño con su hijo menor que pudiera causar celos entre sus cinco restantes. Sin embargo, le fue imposible no sentirse abrumada por ese retoño que le recordaba aquella figura fantasmagórica en la que se convirtió su abuelo paterno. Con él, desarrolló un agudo sentido para el futuro y sus respectivas desavenencias, pero con los años descubriría que ese proteccionismo exacerbado que tenía sobre Juan de Dios no justificaría el desperdicio de vida que pudo haber aprovechado para reencontrarse con cada uno de sus herederos que en algún momento se volverían extraterrestres ante sus ojos. Uno de esos pequeños monstruitos, que le robaba más rabietas que sonrisas, era el siempre lánguido Orlando, a quien le asignó la ardua tarea de proteger a su príncipe, mientras ella estuviera ocupada con el quehacer hogareño. Los problemas que Orlandito le daba a su madre no eran ordinarios; ojalá hubiese sido las chiquilladas de sus años más tiernos lo que le quitaba el sueño a doña Beatriz, sino el constante quebrantamiento de salud que el mocoso presentaba, incluso en los tiempos de bonanza. Esa situación de zozobra la llevó a redoblar la vigilancia, e ideó, como algo más versátil, juntarlos y volverlos prácticamente siameses, pues así tanto vigilaba la salubridad de uno como el menoscabo del otro. Debido a ello, *Lando* y Juancito desarrollaron, con el tiempo, una relación casi de padre e hijo. Tamaña asignación no obedecía solamente a un capricho maternal, sino a una repartición de tareas que involucraba a toda la familia: María Beatriz, la mayor, estaba próxima a entrar a la pubertad y ayudaba a su madre con los oficios más elementales. A Luis Alfredo, el mayor de los varones, le tocó trabajar en los campos de arroz, y con apenas ocho años ya tenía el semblante desmotivado de un campesino adulto. Los mellizos, Rosa y Antonio, de apenas tres añitos, eran cuidados por María Beatriz, también llamada *Beatricita*, que usaba la bilocación sobrenatural para atender la responsabilidad que una persona madura apenas podía haber soportado.

Sin embargo, la gente del incipiente pueblo tenía el don supremo de la caridad; una facultad que en el futuro fue mermando. De tan noble sentimiento hacían alarde los cibaños de entonces, entre ellos doña *Negra* Reyes, que de vez en cuando ayudaba a su querida amiga con tanta carga insoportable. Tanto ella como muchos otros conocían la desgracia de la familia Valente. Apenas cuando nació Beatricita, la vida solía ser más fácil y aprovechable. El maldito decreto llegó un año después que comenzó el nuevo gobierno, y desde entonces respirar se volvió un trajinar. Su único hermano, desde un confín del sur, le enviaba aliento en cartas esperanzadoras que describían un plan maestro para una nueva vida con ella y sus sobrinos. En letras sencillas, que ella pudiera entender, la exhortaba a no perder la fe, pero, sobre todo, y con mucho énfasis lo hacía, a alejarse de cualquier

loco empeñado en un alzamiento. Siempre le recordaba la muerte de su último concubino, no para angustiarla, sino para advertirle sobre el peligro de una sublevación. Así lo hizo en su última carta enviada a principios de año.

Catamarca, 6 de enero 1941

Querida hermana. Te saludo con mucho amor. Me mantuve esperando la carta que me íbas a enviar en diciembre y nunca llegó. Oré mucho para que no fuera nada malo lo que había ocurrido, pero gracias a Dios el recado que me llegó con el señor Morales desde Córdoba me tranquilizó. Supuse que el próximo paso del régimen era controlar el tráfico aéreo y el correo clandestino. Por eso, no dudo que si esta carta llega a ti es porque se trata de un verdadero milagro. Ahora sí, por fin, puedo decirte que estoy muy cerca de conseguir tu traslado. Hablé con nuestro obispo, Mons. Hanlon, que me ha remitido con el nuncio en la capital. La cuestión será sacarte del país, que, por el problema de tu documentación y la de los muchachos, posiblemente se realice con un contacto que tengo en Santo Domingo. No debes preocuparte, pero eso sí; mantente en el noreste; en ese monte el nombre de Antonio Duarte no te perseguirá. No vayas ni siquiera a Matanzas porque he oído que el Jefe ha montado una especie de cuartel allí, para vigilar las andanzas del resto de los compañeros de Antonio. Ya lo sabes, Beatriz, no inventes. Te lo digo porque sigues con la obstinada idea de protestar por la herencia. Te repito: olvida eso.

Esa fotografía que me enviaste de los niños la puse en el espejuelo de mi habitación. Me hubiese gustado que salieras en ella, pero seguro sigues igual de tímida; te he advertido sobre esa forma tan campesina tuya de ser: aquí no te servirá para nada. Esto es otro mundo, y mi deber es prepararlos para sobrevivir aquí. Tranquila, que estoy arreglando todo sobre la marcha. ¡Qué risueño está Juancito; estoy loco por conocerlo y verle esos ojos azules de los que tanto me has hablado! Y qué hermosa muchacha se ha vuelto Beatricita. El pobre Lando lo veo muy flaco y pequeño; recuerda que mamá Concepción nos daba leche de cabra para estirarnos. Pero le doy gracias a Dios porque todos están bien. Pronto estaremos juntos. Te quiere tu hermano.

RICARDO

Todas las tardes, después de que doña Beatriz hacía los oficios, les echaba comida a los animales y le daba su revisada al *conuquito* que colindaba con

su ranchito de palmas, los dejaba ir un rato a la casa de Beto Durango. Luis Alfredo a veces los acompañaba, sobre todo los fines de semana cuando se ausentaba de las plantaciones de Los Yayales. La mente de Luis era inquieta, así se lo hizo saber Durango a su madre, pero no estaba atrapada en la música, sino que volaba junto con las gaviotas y se perdía a lo largo y ancho de la gran Bahía Escocesa. Su tristeza, que era más bien un cansancio adelantado, era difícilmente aplacada por los juegos primarios a los que todo niño está urgido. En las noches, doña Beatriz pensaba en su hijo, y, en ocasiones, le daba el deseo ardiente de enviarlo adelante con su tío, de esa manera lo libraría del yugo que debía tener el varón irresponsable que la embarazó y después la abandonó. Luego, recapacitaba reflexionando que su *hombrecito* solo estaría a salvo con ella. Sometido a extenuantes labores y a un sinnúmero de responsabilidades, con apenas ocho años desarrolló una madurez monolítica que en el futuro chocará con las fantasiosas aspiraciones de sus hermanos.

Luis prefería hacer inventos con objetos que encontraba en su camino. Una vez hizo una flotilla completa de barquitos de hojalata, los soltaba en el río Nagua, y los seguía hasta la desembocadura de este. El viejo ranchito de los Valente quedaba en el margen sur del río, cerca de donde hoy día es el barrio Río Mar. Si bien la casita ya no existe, el Gobierno local canalizó la orilla e hizo un malecón; de esa forma, los turistas recorren a pie la misma ruta que usaba Luisito para seguir a sus navecitas. Semejante proeza náutica es repetida a menudo por los chicuelos del mencionado arrabal quienes hacen competencias hasta el mar señorial. Al igual que hoy, la incipiente viña costera estaba forrada de inmensos cocotales que formaban un cinturón vegetal desde Cabo Francés Viejo hasta la Sierra de Samaná. Así pues, los Valente tenían por patio la explanada riverense del nombrado afluente, y por jardín todo el litoral resguardado con sombras que espantaban la inclemencia del Sol y se abrían paso a una dadivosa playa de arena blanca y aguas turquesas. Esa región era, y sigue siendo, una de las más generosas para la agricultura; desde comienzos del siglo pasado, y luego con la llegada de los primeros cultivadores de arroz, las tierras adyacentes al río Nagua se convirtieron en el granero más solicitado del norte del país; eso explica su vertiginoso ascenso, sobre todo en la última década. Por ende, sus habitantes, creyentes muchas veces del abandono de Dios, jamás pasaban hambre; el río les daba agua necesaria, el suelo fértil les daba el pan de los indios; la yuca, y el mar les ofertaba sus exóticos manjares. Los niños jugaban libremente en ese idílico Edén, supervisados por Beatricita que se la pasaba desgranando *guan-dules* en espera de aquel muchacho que repartía el periódico y que cierta vez le había guiñado el ojo. Solía sentarse en un tronco seco de una palmera que cayó

por una centella, y desde allí miraba a sus hermanitos corretear en un pasto fresco que cubría el suelo húmedo. Desde pequeña se sabía que iba a ser una mujer robusta; en eso se parecía mucho a su madre. Sin embargo, era bonita, aunque su feminidad se manifestara en pocas ocasiones. El trabajo pesado le había amachado los gestos, y a sus once años acaso sabía lo que era un peine o un perfume. También ella fue par de veces a la casa del Maestro Durango pues quería ver con sus propios ojos esa vaina que los adultos llamaban *piano* y que servía para hacer música. Se desilusionó rápidamente cuando vio que el objeto en cuestión era una sucia caja negra, sin forma definida, sostenida apenas por tres patas, pues a la falta de una, se improvisó un apoyo con una cuña de piedra. Peor fue cuando descubrió que el fulano maestro era un hombre andrajoso, de habla disparatada, que fumaba tabaco y andaba siempre en camisones. Durante las *lecciones* de música, ella notó que poca gracia le hacía ver a ese grandulón jugarse con sus hermanitos como si fuese un descerebrado o un retrasado de nacimiento. Pero doña Beatriz estaba convencida, al igual que todos en Boca de Nagua, que Alberto Durango era una de las mentes más prodigiosas que había dado el país.

Su gran amistad con los Valente nació por la proximidad de sus casas; el humilde ranchito que servía de confinamiento al otrora hombre de mundo estaba justo al cruzar el río. Era curioso ver un yaguacil de palma, simulando una diminuta góndola, que cruzaba de orilla a orilla cargado de víveres o frutas. El astuto envío fue obra del amable forastero, que un día, al enterarse de la carestía de sus vecinos, llamó al joven Luis, a quien sabía diestro por sus barquitos de hojalata, y desde el otro lado le pidió que cogiera el *velero* que le enviaba. Al día siguiente, el mismo niño apareció en la puerta del forastero con un caldero de asopado. Desde entonces nació un cooperativismo fraternal que fue muy comentado en el pueblo, pues decían que doña Beatriz, muy conocida por sacar de cada gallo un pollo, había confundido la amabilidad del músico con un tímido intento de galantería. Pero los comentarios cesaron cuando el guerrillero Antonio Duarte fue visto durmiendo en una hamaca en el patio de la señora. En la banda norte, donde el poblado tenía su núcleo, el músico era una celebridad. Pero pocos fueron los que pudieron sacarlo del encierro. Ni siquiera el alcalde Hernán Cabral pudo convencerlo para que animara las primeras fiestas patronales oficiales del poblado, ni el señor Rafael Dickson, director de la recién ascendida Escuela Graduada, logró sacarlo de su inframundo meditativo para que diera melodía al acto de promoción. En parte, tanto aislamiento obedecía a una férrea postura política. Odiaba oír a los lameculos provincianos llamar a su caserío *Villa Julia Molina*, cuando en 1931, fecha en que arribó, hasta hace apenas tres años,

seguía llamándose Boca de Nagua. Quizás su reconcomio contra el conformismo social fue producto de su larga estadía en Europa; tanto liberalismo convierte al hombre en un subversivo perenne. Cuando regresó de España, donde había vivido desde sus 15 primaveras, jamás pensó radicarse en el rincón más inaccesible de su paísito. La necesidad de olvidar su desdicha lo llevó por un accidentado periplo de casi 500 días y más de 50 residencias antes de llegar a su destino final. Como Da Vinci con su *Mona Lisa*, el maestro Durango no abandonó nunca su consentido instrumento musical; sus continuos viajes no eran pretexto para deshacerse de él, al contrario, jamás se avergonzó de su exagerado equipaje, y siempre se las ingenió para llevarlo consigo. Su apego iba más allá de verlo como un simple amuleto o reliquia familiar, tenía que ver con su necesidad de vivir. Para Alberto Durango, la música era el único pretexto para no quitarse la vida. Fue en San Francisco de Macorís, una noche de abril, cuando oyó del lejano villorrio, enclavado en lo profundo de la nada, fundado por *nosequienquito* en algún momento del tiempo pretérito. Al conocer las descripciones del lugar por parte de un forastero, Durango entendió que era el mejor sitio para refugiar su atormentada humanidad y liberar su inagotable ingenio. El poco dinero que le quedaba lo invirtió contratando un camión que pudiera llevar su piano por semejante travesía sin ocasionarle el menor daño posible (en realidad apenas llegó entero), y comprando la pequeña casita de pescadores que luego convertiría en su refugio por más de diez años. La tarde que llegó con el *artefacto*, fue todo un suceso, incluso más que cuando llegó el primer vehículo al pueblo. Ese día estaba animado, a pesar de lo cansado del viaje y del disgusto que cogió por los golpes que había sufrido el instrumento, y aprovechando el cúmulo que se formó en torno a él, improvisadamente destapó el teclado y les regaló un recital con partituras de *La Danza de los Millones*, *El Mago de las teclas* y *Rumba Negro*. La gente quedó maravillada y con ganas de tener un poco de eso todos los días. Lo que nunca se imaginaron fue que ese músico talentoso, que se volvía comarcano, nunca más concertaría melodía alguna a puertas abiertas; tendrían que acostumbrarse simplemente a las melancólicas y despechadas composiciones nocturnas que emanaban de la casucha solitaria del hombre más incomprendido de la Tierra.

Más allá de los comentarios, que buscaban explicar su extraña y casi muda convivencia en el batey y la afición que de la nada le surgió por los Valente, el pueblo se acostumbró a verlos siempre juntos, como si de pronto, y sin medir las consecuencias, él hubiera asumido el protectorado de aquella desamparada y perseguida familia. Durango acompañaba a Beatriz a sus insufribles viajes al juzgado, donde esta era víctima de atropellos de las autoridades que apañaban,

a través de burocracia y artificios legales, el despojo de toda su heredad. Eso lo llevó a ser blanco también de las represalias de la dictadura. No tardaron las falsas acusaciones de espionaje y sublevación, asociándolo sin remedio al movimiento guerrillero del prieto Antonio Duarte; de la que Beatriz era comprobada amante y colaboradora. Intentaron, asimismo, llevar su voz de reclamo hasta el más alto tribunal en Santiago, esperando resolver el asunto por vía legal, pero todo fue inútil. Todos estos desesperados intentos eran idea del ingeniero Alberto Durango que, tras largos años en Europa, desconocía a profundidad la bárbara realidad tercermundista. A partir de allí la mulata entendió que solo dejando Trujillo el poder ella recuperaría sus tierras, no había otra solución. La veía llorar la pérdida no de una próspera propiedad que pudiera asegurarle estabilidad económica a ella y a sus hijos; porque hacía años que el ganado se había desvanecido, los pocos peones marchado, muchas tareas de esa tierra habían sido tragadas por la ciénaga y otras por la maleza debido al estado de abandono en que se encontraban, no, lloraba por el único recuerdo que tenía de una infancia feliz, aunque maltrecha y difícil como cualquiera que haya nacido y crecido en el campo. Desde entonces, entristecida y furiosa por la impotencia, se involucró conscientemente en las actividades subversivas de su concubino, aunque esta ayuda solo se limitara (y esto incluía a otras campesinas del área) a proveer de alimento y enseres a la docena de alzados que se escondían en los altos e intrincados promontorios de la Península de Samaná. Para el errante músico, testigo silente de la rebelión que Beatriz comenzaba en el fondo de su corazón, la situación se tornó de inminente peligro cuando un Domingo de Ramos, luego de regresar de la homilía, supieron que un grupo de caliés saqueaba lo que quedaba en pie de la vieja hacienda Valente, luego de que esta había sido cerrada por orden judicial mientras durara el litigio. La mulata enloquecida de ira irrumpió con una guerra de piedras y amenazas a los uniformados. Fue necesario sujetarla entre varios, y gracias a la intervención de toda la comunidad no fue hecha presa ni golpeada en ese momento, pero ya se sabía que había sido fichada, y una pronta huida sería salvar la vida.

El viaje llegó en forma improvisada; fue el día en que doña Beatriz, después de pasar el puentecito colgante que unía el camino hirsuto de Boca de Nagua con Matanzas, llevando consigo uno de esos ricos asopados que tanto le encantaban a su vecino, se encontró del otro lado a un ermitaño más delirante de lo normal. La noticia se corrió en cuestión de minutos, y a sus oídos había llegado gracias a que coincidió con su semanal visita al mercado del pueblo. Era cierto; unos militares venidos desde San Francisco irrumpieron violentamente en el ayuntamiento sometiendo a don Narciso Minaya y exigiéndole información so-

bre una tal Beatriz Valente, relacionada con el foco de resistencia del Cibao. Por supuesto, el honorable hombre se valió de subterfugios para despistarlos, pero la búsqueda encarnizada seguía. La mujer aterrorizada soltó el caldero, desparrramando la comida y lanzando un llanto colérico. ¿Qué podía hacer ahora; una pobre campesina con seis muchachos harapientos? Puso miles de obstáculos para resignarse al yugo que pretendía caer sobre su familia.

—¡Vete de esta mierda! —ordenó su vecino.